

que todas las antiguas familias propietarias gozarían de derechos iguales á los de los Gibelinos y ciudadanos de la clase média que anteriormente se habían apropiado los empleos; y que constituirían la nobleza, con el título de *gentiles hombres*, que la vanidad española hacía pareciese entonces mas hermoso que el de ciudadano. Además, cada familia que tuviese seis casas abiertas en Génova, debería formar un albergue, al cual, como á un núcleo, se agregasen las familias ménos acomodadas, mientras que las grandes asociaciones de los Adornos y los Fregosos que perpetuaban el recuerdo de los odios intestinos serían disueltas. Se tuvo cuidado de mezclar en los albergues á los nobles con la clase média, á los Gúelfos con los Gibelinos, á fin de que las razas cesasen de representar á los partidos.

De esta manera se formaron veintiocho albergues (1), de los cuales se eligieron cuatrocientos senadores anuales, encargados de proveer los demas empleos. El gobierno se compuso, pues, del dux, elegido por dos años, de la señoría de los ocho, de los ocho procuradores del Comun para la administración interior, de los síndicos, en número de cinco, para vigilar los negocios del Estado, de un consejo de cien personas, cuyo número ascendió despues al doble, renovándose todos los años. En vista de la negativa de Andres Doria fué elegido dux Huberto Lázaro Cathaneo. Habiendo reinado luego las enemistades entre la antigua nobleza y la nueva, así como entre estas clases y el pueblo, excluido de los cargos públicos, fueron abolidos los nombres de los nuevos albergues, y cada familia recobró el que tenía antiguamente.

En aquella constitucion no se asignaba parte alguna al pueblo bajo ni al de los campos, sino en cuanto podían por servicios prestados ó por sus riquezas entrar en los albergues. Pero aunque la aristocracia se consolidó, el pueblo no quedó nunca enteramente eliminado como en Venecia; razon por la cual aquella república envejecía ménos, y pudo, doscientos años despues, manifestar su odio á la servidumbre, á que estaba acostumbrada la Italia.

El rencor entre los nobles y la clase média siguió á pesar de todo (2). Andres Doria, si

(1) Eran: Auria (Doria), Calvi, Cattani, Centurione, Cibo, Cicala, Fieschi, Franchi, Fornari, Gentili, Grimaldi, Grillo, Giustiniani, Imperiali, Interiano, Lercaro, Lomellino, Marini, Negro, Negrone, Pallavicino, Pinilli, Promontorio, Spinola, Salvago, Sauli, Vivaldi, Usodimare.

(2) Huberto Folieta, en un discurso hecho en defensa propia, muestra las discordias y la arrogancia de los aristócratas. (*Anécdota Urberti Folieta*. Génova, 1838.)

« Sed quid ego, ut sanguinem misceant, loquor, cum nobiles ab ipsa popularium consuetudine abhorreant, se sequi ab eorum aditu, congressu, sermone sejungant, illosque devitent, perinde quasi illorum contactu se polluere ac contagione contaminare formident? Quare, separata loca et compita habent, in que utriusque corporis juvenus conveniat, cum alteri alterius corporis homines excludant? Quin etiam, cum forum unum esse, in quod omnes cives conveniant, necesse sit, ratione quadam assequi sunt, ut forum ipsum dividant, ac duo fora prope faciant: duae enim sunt porticus, in quas alteri ab alterius corporis hominibus separati conveniunt. Eadem quoque

bien no admitió el principado, conservaba cierta especie de dominio que le daban los beneficios y la virtud. En el puerto tenía naves propias y soldados, tanto á bordo como para la guardia de su palacio. No abusó de estas prerrogativas; pero se temía quisiese transmitir la autoridad de que gozaba á su sobrino Giannettino, excelente marino, pero soberbio, disoluto, y que abusaba del poder de su tío para satisfacer sus pasiones. Estaba disgustado principalmente Juan Luis Fiesco, conde de Lavagna, hombre de excesiva ambicion que se puso de acuerdo con la Francia y el duque de Parma para destruir lo que el emperador había edificado, y arruinar en Italia el poder imperial, que amenazaba á todo. Estalló la conjuración: Giannettino fué muerto, el grito de libertad resonó en Génova; pero en medio del tumulto, Juan Luis Fiesco se ahogó por casualidad, sus parciales se dispersaron, y Andres Doria sujetó de nuevo el freno á la patria, y continuó protegiéndola, mientras que Dios le preservaba á él de los puñales, á que acudían las personas de la corte y los ciudadanos en aquel miserable siglo de oro.

Nos quedan que referir otras sangrientas revoluciones, ántes de dejar caer á la Italia en el letargo que le estaba reservada. El papa Paulo III, de la familia de Farnesio, no omitió ningun medio de dañar á Cosme, con la esperanza de dar toda, ó á lo ménos parte de la Toscana, á su hijo Pedro Luis ó á su sobrino Octavio. Casó á este último con Margarita, hija bastarda de Carlos V, viuda de Alejandro de Médicis, duque de Ferrara, que robó todas las joyas y dinero de su marido, y le confirió el ducado de Castro y Nepi, y despues el de Camerino, arrebatándolo á los duques de Urbino, que lo habían obtenido por sus mujeres; mas este feudo estaba bien distante de satisfacer las pretensiones de la esposa, descendiente de sangre imperial. Consiguió de los Venecianos el título de caballero para el impúdico Pedro Luis, y del emperador la nobleza, con el marquesado de Novara, y una gran pensión; despues le hizo gonfalonero y capitán general de la santa Iglesia. Pedro era ménos hábil en la guerra que en el libertinaje, cuyos excesos

distinctio in juventutis sodalitatibus servatur, quarum multas nobiles instituerunt; in quas neminem unquam ex popularibus acceperunt, cum nonnulli, privatis necessitudinibus illis conjuncti, se admitti postulassent, sed ad repulse injuriam, verborum quoque contumelias addiderunt, cum se degenerum sodalitate commaculatos negarent. Jam vero, cum ad animos hominum accendendos major sit contemptus, quam injuriarum irritatio, dii immortales! quam despecti ab istis nostris nobilibus sumus, quam illi a nobis abhorrent, quam nos auribus et animis respuunt, quam contemptim de nobis loquuntur, in quanta convicia, linguae intemperantia, provehuntur, cum nos degeneres et rusticanos, non modo Genuae, sed in aliis civitatibus appellant, perinde quasi deorum genus, atque e caelo delapsi ipsi sint; exterisque, simulatque de aliquo ex nobis incidit sermo, etiamsi alia res longe agatur, sedulo admoenant, hominem illum degenerem et ex infima plebe esse, nobilitateque sibi haud quaquam comparandum: neque sentiunt, se risui plerumque exteris esse, quos non pudeat fœtus ac sordidiores quæstus exercentes, nobilitatis nomine, quam comprimere deberent, se commendare, haud ullam animæ nobilitatis mentionem facere.»

Fiesco.
1547.
2 de
enero.

P. Luis
Farnesio.

1540.

pasan todo límite. Paulo III le disimulaba aquellas *ligerezas de la juventud*, que hacían temblar al mundo; y agotaba el tesoro del Estado para sostener su lujo al nivel de su ambicion. Habiéndose declarado los habitantes de Perugia en abierta rebelion, fueron reprimidos con las armas y los suplicios, y los Colonna despojados de sus dominios.

Procuró Paulo III, adulando á los que decidían despóticamente de los destinos de Italia, alcanzar para los suyos, ora á Siena, ora á Milan; y no pudiendo conseguirlo, repetía: « He visto, tanto por la historia como por mi experiencia y la de los demas, que nunca la Santa Sede ha sido poderosa ni ha prosperado sino cuando ha estado aliada con los Franceses. » Estas expresiones pusieron de mal humor á Carlos V, y mucho mas cuando el papa concedió las ciudades de Parma y Placencia á Pedro Luis con el título de duque. Estas ciudades habían pertenecido al duque de Milan hasta que Leon X se las hizo ceder; por lo mismo Carlos las veía con despecho en otras manos. Ferran Gonzaga, gobernador del Milanesado, atizaba su descontento por odio particular que tenía al papa; el cual, á su vez, para perjudicar á Carlos, favoreció la conjuración de Fiesco; y cuando supo que se había frustrado, dijo que estaba claro que « Dios tenía decidido que aquel emperador prevaleciese, para arruinar la Iglesia y la Cristiandad toda. » (SEGNI.) Los Austríacos, pues, ayudaron, si es que no excitaron, una conjuración urdida por individuos de las familias Anguisola, Landi, Confalonieri y Palavicini. Estos, habiendo atacado á Pedro Luis, libertaron á la tierra de un monstruo (D). Lanzó Placencia el grito de libertad; pero aquel mismo día fué ocupada por Ferran Gonzaga: Octavio Farnesio, hijo de Pedro Luis, no obstante ser yerno de Carlos V, se sostuvo en Parma, aun despues de la muerte del papa; y aquel pequeño país estuvo (como en tiempos mas recientes á pique de poner en combustión la Europa.

1547.
10 de
setiembre.

Cuarta
guerra.
1551.

En efecto, Enrique II, para irritar á Carlos V, tomó al jóven Farnesio bajo su protección, y envió, á las órdenes del mariscal de Brissac, tropas al Piamonte, que era el primer país asolado cada vez que bajaban á Italia. Ferran Gonzaga, que con su orgullosa conducta y sus manejos insidiosos había comunicado incremento á aquella guerra, se vió obligado, á pesar de los socorros del nuevo papa Julio III (1), á levantar el sitio de Parma, para

(1) SEGNI, hablando en el lib. XIII de Julio III (Juan María del Monte), dice: « Buena cosa es ser papa; pues además de ocupar la mayor categoría que puede haber entre los príncipes cristianos, los cuales se postran todos ante él, sucede que los hijos, los sobrinos, los parientes, aunque lejanos, se convierten al momento en señores, si bien ántes ignoraban su estirpe. Respecto de este papa, mas que de ninguno, se prueba la verdad de mi aserto: visto que, habiendo nacido en una pobre aldea, y no siendo de las personas principales de aquel punto, en cuanto fué papa, hizo á sus parientes señores de la patria. Dió un capelo á un dependiente suyo, de humilde extracción,

ir á esparcir la desolacion en el Piamonte, donde los soldados de Francia parecían ángeles comparados con aquellos Españoles y Alemanes sin visos de la menor disciplina. Entonces renació el partido frances en Italia, formado de los descontentos de todos los países, que, reunidos en Chioggia, trataron de buscar todos los medios de hacer daño á los imperiales, no titubeando, ni aun en llamar á los Turcos para que asolasen el territorio de Nápoles. Pasaremos con gusto en silencio las traiciones, puñaladas, envenenamientos y corrupciones, que mas que nunca se pusieron por obra en aquella época, ciñéndonos á decir que Carlos mandó al duque de Alba con fuerzas considerables; que el Genoves Doria llevó aquellas tropas instantáneamente con el dinero de América para consumir la ruina de Italia, y que el Milanes Medeghino unió también sus soldados al ejército extranjero.

Entretanto ascendió al pontificado Paulo IV, de la familia de los Caraffa. Cuando se preguntó al nuevo papa, que hasta entonces se había manifestado piadoso y austero, cómo quería ser tratado, contestó: *Como gran príncipe*. De consiguiente, su coronación fué espléndida, y desde entonces se mostró suntuoso en todo, y mas temporal de lo que á su dignidad convenia. Decía que Carlos le quería matar por medio de una fiebre moral; pero que él le daría quehacer y libertaría á la pobre Italia, comparando á esta con un instrumento cuyas cuatro cuerdas eran Nápoles, Milan, Venecia y el Estado de la Iglesia: « ¡ Desgracias las almas de Alfonso de Aragon y de Luis el Moro, que fueron los primeros en echar á perder el noble instrumento de la Italia. » Así decía á Navajero, « el cual, añade, « nunca hablaba de su majestad y de la nacion española, sin tratarlos de herejes, cismáticos y malditos de Dios, raza de Judíos y de Moros, hez del mundo, deplorando la miseria de Italia, obligada á servir á una nacion tan abyecta y tan vil. »

Sospechaba á cada momento que el emperador atentase á sus dias; é instigado por sus sobrinos que esperaban aprovecharse de las turbulencias, y por monseñor Della Cosa, su secretario, que deseaba ver la emancipación de la Toscana, su patria, despojó á los feuda-

dotándole con pingües beneficios. Hizo dar á su sobrino Juan Bautista la ciudad de Novara, y él se concedió el generalato de la Santa Iglesia; y á su hermano Balduino el gobierno perpétuo de Camerino, y mayor grandeza en Roma que si hubiese sido duque ó señor de antigua alcurnia en alguna parte de Italia. Ni bastó con esto, pues extendió sus dádivas á los sobrinos, hijos de sus hermanos. Á Ascanio de la Cornia, natural de Perugia, y á Vicente de los Nóbili, de Montepulciano, dió Estados y títulos de señores, y á sus hermanos é hijos agració con cardenatos; y despues les confirió títulos de capitanes generales, y los igualó con los verdaderos señores. Entre otras cosas que llamaban la atención, era una de las principales Ersilia, mujer de Juan Bautista Monti, cuyo fausto y magnificencia en Roma llegaba al punto de que la duquesa de Parma, hija del emperador, ántes que hubiese ido á Parma, obtenía apenas que la oyese cuando se dirigía en coche á saludarle ó tributarle sus obsequios.»

Paulo
IV.
1555.

tarios romanos, celebró una alianza con Enrique II, rey de Francia, y tenía el proyecto de transferir á este ó dejar para sí el reino de Nápoles y el Milanesado, declarando al país libre del dominio de los Españoles. Se pretende que el papa, á fin de llevar á cabo su plan, trató hasta con los Turcos, para que infestasen los mares toscanos y napolitanos, y con el marques de Brandeburgo, luterano, para que atacase al emperador en Alemania, creyendo lícito cualquier medio con tal de lograr su objeto (1).

1556. Sin embargo el magnánimo proyecto de librar la Italia de extranjeros hubiera podido realizarse entonces, si hubiesen ayudado al papa las demas señores; pero la Saboya se obstinó en hacer la guerra á la Francia, contando al efecto con el apoyo del emperador; Venecia tenía celos del engrandecimiento del papa; Cosme de Médicis deseaba apoderarse de Siena; Octavio Farnesio no se sentía bastante irritado por el asesinato de su padre y el despojo de la mitad de sus Estados; los mismos sobrinos, en quienes el papa había depositado su confianza, obraban á su antojo y de una manera despótica, impeliéndolo así á designios inoportunos ó á recursos miserables. Se formó una liga santa, cuyo jefe era Pedro Strozzi, el cual llevó á ella su irreconciliable encono.

1557. Ofrecióse entonces de nuevo á la vista de los protestantes de Alemania el espectáculo, alegre para ellos, del papa en guerra con el emperador y con el rey católico; y el ejército de

(1) En el Diario de las cartas de Bernardo Navajero al Senado veneciano dice aquel con fecha 21 de mayo de 1557, que Paulo IV al hablarle de la ida de Carlos VIII á Italia, añadió: « *Hinc omnis mali labe*, porque estos abrieron la puerta á los Bárbaros, que nosotros quisieramos cerrar, y no se nos da oído: creemos que nuestros pecados tienen la culpa de ello. Jamas nos arrepentiremos de haber hecho cuanto hemos podido, y quizá mas. Dejarémos el baldon, en los futuros siglos, para los que no han querido ayudarnos; y que se diga que hubo un anciano de ochenta años, el cual, cuando se creía que debiera estar en un rincón, llorando sus males, se presentó lleno de valor y ansioso de la libertad de Italia, abandonándole en su empresa aquellos de quienes menos se esperaba. La penitencia corresponderá, pues, á mí, señores Venecianos, y á los demas que no quieren conocer la ocasion de sacudir de sus hombros una carga que empezó á sentirse bajo el reinado de aquel rey, cuyas virtudes la hicieron tolerable; y que no lo es ya con esta gente, mezcla de Flamencos y de Españoles, en la cual *nihil regium nihil christianum*, que se conserva asida, como la grama, á la parte donde se adhiere: son distintos de los Franceses, que no permanecerian en un punto aunque se les atase á el. Los hemos visto dueños del reino y del Estado de Milan, y no tardar, sin embargo, en desaparecer. Les es imposible fijarse: *stare loco nesciunt*. Magnífico embajador, hablamos con vos confidencialmente, como si hablásemos con S. A. el dux, con los consultores y con excelentes señores jefes de los Cristianos, porque sabemos que no divulgaréis nuestros pensamientos. En fin, jamas nos arrepentiremos de haber empleado la corta vida que nos resta en honor de Dios y en beneficio de esta pobre Italia; pues, á decir la verdad, la existencia que nos hemos trazado es sumamente penosa, y no nos permite el menor descanso... » En la carta del 28 de junio se ve que el papa, entre otras muchas cosas, dijo al embajador: « No olvidéis lo que os dirémos. Nuestra edad es avanzada, y dejarémos el mundo uno de estos días, cuando á Dios plazca; pero podrá llegar día en que conozcáis que hemos dicho la verdad: no quiera Dios que sea con daño nuestro. Los dos son Bárbaros y vendría que se estuviesen en su casa, y que en Italia no se hablase mas lengua que la italiana. »

este, á las órdenes del duque de Alba, despues de los horribles estragos que hizo en Segni, hubiera repetido el saqueo de Roma, á no acudir los Franceses. Pero el duque de Guisa, que los mandaba, no fué ayudado, y pronto se le llamó para que acudiese con lo mejor de la nobleza francesa á los Países Bajos, donde doce mil Ingleses se habian unido al ejército español mandado por el conde de Egmont y por Manuel Filiberto de Saboya, gobernador de aquellas provincias. Dióse entonces en San Quintin una memorable batalla, en la que los Franceses fueron completamente derrotados y que sembró el espanto en Paris. Al recibir Carlos V, que habia abdicado en favor de su hijo Felipe II, para encerrarse en un monasterio, la noticia de aquel triunfo, preguntó: « ¿Ha continuado mi hijo la victoria hasta las puertas de Paris? » Y como le dijese que no, lanzó un suspiro y repuso: « Á mi edad y con tal fortuna no me hubiera parado á medio camino. »

1558. Felipe, por el contrario, se obstinó en el sitio de San Quintin, mientras que Enrique II se ocupaba en reunir nuevas fuerzas. En ménos de tres semanas el duque de Guisa, ayudado por inteligencias secretas, por el invierno, el descuido del enemigo y el valor de Strozzi, se apoderó de Calais, y arrojó del continente á los Insulares, que se sostenian en él hacía doscientos años. Estos acontecimientos habian influido en los asuntos de Italia, y el papa, abandonado á sí mismo, tuvo que resignarse á entrar en tratos. El duque de Alba, que aun no habia experimentado la gran diferencia que existe entre hacer la guerra á los demas príncipes y hacerla á los papas, con quienes en último resultado no hay nada que ganar, y se pierden hasta los gastos (GIANNONE), insistia en que continuasen las hostilidades; pero Felipe II concedió la paz al pontífice con buenas condiciones. Al mismo tiempo se negociaba una paz general, que despues se firmó en Chateau-Cambrésis. Hemos querido llegar en la narracion hasta este punto, porque aquella paz puso fin á la guerra entre el Austria y la Francia, y colocó los negocios de Italia en el estado en que debian permanecer mucho tiempo. Allí se convino en que el rey católico se casaria con Isabel de Francia, renunciando de nuevo á la Borgofia, y el rey cristianísimo al Milanesado y al reino de Nápoles; y como Felipe no se cuidó de sus aliados, el imperio perdió á Metz, Toul y Verdun, y la Inglaterra á Calais, que no le indemnizaban los 500,000 escudos de oro que recibió (1). Devolvióse la Córcega á los Genoveses, y Placencia al duque Farnesio para separarle de Francia, y recompensar los servicios prestados

(1) Segni, que, como de nacion mercantil, debia entender de esta materia, dice que Enrique, para conseguir tal suma, contrajo una deuda, ó como se expresaban entonces, abrió un monte, en el cual daba el interes del 16 por 100, pagando las utilidades cada cuatro meses, y el capital cuando se exigiera. *St. por.* lib. XII, hácia el fin.

en los Países Bajos por Alejandro, uno de los mas insignes capitanes de aquel siglo. Aunque los generales franceses reprobaron la cesion de un país adquirido á costa de tanta sangre (1), el duque de Saboya, el héroe de San Quintin, además de casarse con Margarita de Francia, recobró todo lo que habia perdido en la guerra, Bresse, Bugey, la Saboya y el Piamonte; pero Chieri, Turin, Piñerol, Chivasso, Villanueva de Asti, fueron retenidas por el rey hasta que se aclarasen los derechos de Luisa de Saboya, abuela de Enrique II. Desde entonces el ducado de Saboya adquirió la categoría de potencia italiana, y tuvo influjo en los asuntos de Europa.

Las agitaciones acabaron en el resto de Italia, y con ellas la libertad, debiendo los Italianos conformarse con sufrir en silencio la insultante compasion de sus enemigos.

CAPÍTULO VIII

Reinos musulmanes. — Soliman.

El Austria y la Francia, guerreando una contra otra, estuvieron á pique de entregar á los Turcos la Alemania y la Italia (2). El fanatismo guerrero de aquel pueblo habia rejuvenecido el espíritu árabe, y las tropas feudales de Europa no se hallaban en estado de resistir á aquellas tan disciplinadas, á los genizaros, á los mamelucos y á la caballería persa. Felizmente para la Cristiandad, los Persas estaban sumidos en discordias políticas y religiosas, y odiaban mortalmente á los Otomanos, por rivalidad de secta. Los mamelucos circasianos, á quienes San Luis habia visto dueños de las orillas del Nilo, y que en tiempo de Bibars se habian extendido hasta la Siria, fueron luego humillados por Tamerlan, y durante dos siglos y medio se rigieron por un sistema poco conocido, pero que constituía sin duda un despotismo militar. De ellos no podia aguardar el imperio otomano ningun socorro en las guerras que hacía incesantemente. Este atacó el reino de Nápoles, y amenazaba « enviar á Venecia á consumir su matrimonio al fondo del mar; » pero como trataba mas bien de extender sus conquistas que de extirpar el Cristianismo, se verificaron varios tratados y la política del divan marchó acorde con la de los gabinetes europeos.

(1) Véanse las *Memorias* de los mariscales de Brissac, de Montluc, las de Vieilleville, etc.

(2) Francisco Vittori escribia á Maquiavelo en junio de 1513: « Querido compadre, andamos vagando en medio de los Cristianos, y no hacemos caso del Turco, que bien podría, mientras estos príncipes tratan de convenirse entre sí, intentar alguna cosa en que pocos piensan actualmente. Debe ser un hombre de guerra y un capitán por excelencia; se ve que se ha propuesto por objeto reinar. La fortuna le es favorable, tiene soldados dispuestos á todo, mucho dinero, un país muy extenso, ningun obstáculo se opone á su marcha, se ha aliado con el Tártaro; así no me admiraría de que ántes de un año diese un varapalo á Italia, y obligase á acelerar el paso á todos estos clérigos: no quiero decir por ahora mas sobre este asunto. »

Mohomet II, en los veintiocho años que siguieron á la toma de la *madre del universo*, como los Turcos llaman á Constantinopla, avasalló, en Europa, la Acaya, la Morea, el Epiro, la Acarnania, la Servia, la Valaquia, la Bosnia y Negroponto; en Asia, Kastermuni, último Estado selyúcida, el imperio de Trebisonda, las posesiones que á los Genoveses quedaban en el Asia Menor y á orillas del Mar Negro, conquistas que la Puerta aseguró con la toma de Kilia y Akerman en Moldavia por Bayaceto. Era un deber conservar tales adquisiciones; por lo cual el gran visir Ibrahim decia al Húngaro Laszki: « Nuestra ley quiere que todo lugar » donde nuestro señor haya descansado la » cabeza, ó donde haya entrado su caballo, le » pertenezca eternamente. No es la corona lo » que da el reino, ni el oro, ni las piedras » preciosas; el hierro es lo que asegura la obediencia; lo que la espada adquiere, debe » conservarlo la espada. »

No solo quiso Mahomet hacer conquistas, sino tambien organizar el imperio otomano: segun los términos de la capitulacion, respetó la Iglesia Griega (1), patriarcas, metropolitanos, arzobispos, obispos, sacerdotes y clérigos, dejándoles el derecho de elegir y ordenar sus individuos; pero las dignidades debian obtener del gran señor á un alto precio el *berat*, ó sea patente en que estaban enumerados los derechos y obligaciones de la persona nombrada y los emolumentos que podia exigir de los Griegos. El sultan daba la investidura al patriarca de Constantinopla, entregándole el diploma, el báculo, el capelo violado, la capa negra, el manto, la sotana con flores, y un caballo blanco. Pero ¿cómo habian de ser libres las elecciones y respetados los cánones, donde la voluntad del soberano era la única ley? El nombramiento se obtenia mediante una gruesa suma de dinero, y el menor disgusto atraía el destierro ó la decapitacion.

El patriarca ecuménico, como se llamaba el de Constantinopla, presidia el santo sínodo permanente que residia allí, y donde entraban, además de los diez ó doce obispos de las metrópolis mas próximas, el gran logoteta ó camarlengo secular, y los arcontes; esto es, Griegos agraciados con altas dignidades por el gobierno. El sínodo, tribunal supremo del clero, recibia la apelacion de las sentencias de los obispos, elegia y hasta deponia al patriarca, nombraba para las demas dignidades, repartia los impuestos eclesiásticos; pero sus decisiones no valian sin el *berat* del sultan.

Al patriarca pertenecia el cuidado de proteger en general á los Griegos para con la Sublime Puerta, y tenia jurisdiccion civil sobre

(1) Lo afirma de un modo positivo Franza, lib. III, 11: *Κελεύσας ἵνα πάντες ὄντο ἐκ τῆς πόλεως ἔφυγον, διὰ τὸν φόβον τοῦ πολέμου, ἕκαστος αὐτῶν ἐπιτρέψῃ εἰς τὸν οἶκον αὐτοῦ, ὡς καὶ πρότερον ἦν. ὁμοίως προστάξας ἵνα ποιήσωσι καὶ πατριάρχην, ὡς σύνθητες ἦν κατὰ τὴν τάξιν αὐτῶν, ἣν γὰρ προαποθανὼν ὁ πατριάρχης.*